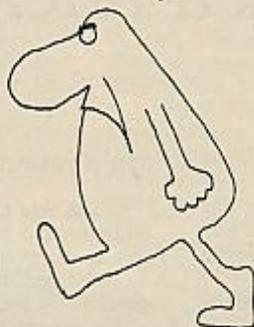
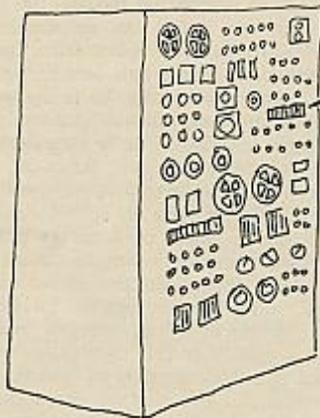
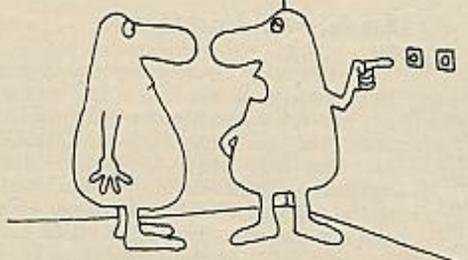


DIRECCION UNICA

¡QUIEN  
LO DICE!NADA CONSEGUIRA  
DESOBEDIENDO  
SIMPSONAHORA RECUERDE...  
ESTE BOTON  
ES EL ACONDICIONADOR  
DE AIRE  
Y ESTE  
PARA DESTRUIR EL MUNDO.

## EL MAYOR EXITO DE BROADWAY 1970 ES UNA COMEDIA NUDISTA CONTRA EL TEATRO DEL DESNUDO

Nueva York. La muchacha aparece en el escenario como una muñeca: tiene un peluca rubia ondulada y los ojos y la boca muy maquillados, y lleva un vestido rosa que le llega casi hasta los tobillos, según las reglas de la época del charleston. Inmediatamente se crea un compás de espera dulce, muelle como las alfombras, que apenas si es roto por la llegada de un muchacho llamado Derek, el eterno joven de las comedias de hace cuarenta años, que todo lo sabe menos que la muchacha, que en realidad le ha invitado a su casa para presentarle a la familia, tiene unas ganas locas de quedarse completamente desnuda allí y en aquel momento precisamente, con un sol tan maravilloso como el que entra desde el jardín.

Con esta obertura se ha presentado en un escenario de Broadway, hace pocos días, el último hallazgo del teatro llamado burgués, que ha querido reivindicar, contra las intrusiones del off Broadway, su derecho a cantar la belleza del cuerpo desnudo. «Grin and bare it» no constituye ninguna excepción en ese sentido, porque, como todo el mundo sabe, el desnudo está de moda, y, a menos que en el último momento entre en acción la censura, lo que hasta ahora no ha hecho, podemos asegurar que esta comedia se mantendrá varios meses en cartel. Por otra parte, tiene todos sus papeles en regla: en la comedia se exhiben ocho cuerpos de diferentes edades, completamente desnudos, bajo una luz cegadora y durante casi hora y media. Todo pasa con naturalidad, todo es como de salón, y nada tiene que ver con el erotismo, que tantos estragos lleva haciendo en las plateas del mundo entero de unos años a esta parte.

Para ser precisos, el joven Derek tiene naturalmente al eros en su cabeza, pero es un eros tranquilo, de sanas intenciones. Estamos en Los Angeles en el verano de 1929, y nadie sabe todavía la ruina hacia la que se dirige la clase próspera americana. Además, Derek es del Este, de Boston para más señas, y descende de una familia tradicional y de costumbres bastante rígidas como es natural: madre descendiente de una «hija de la revolución», la «Mayflower», etc. Es, pues, un partido bien educado, de comportamiento impecable, elegante, que ha conseguido coronar, como se decía entonces, su sueño de

siempre: casarse con la muchacha de su corazón.

Un crítico presente en el ensayo general dice que con un gran ramo de rosas rojas que se hubiese añadido, habríamos tenido una tarjeta típica de la época. Pero no es esto lo que se nos ofrece, sino la astracana de la caída del joven Derek en las manos de una familia que nada tiene que envidiar a la suya en cuanto a moralidad y elegancia, excepto en un pequeño detalle: el nudismo, que la familia practica de la manera más coherente, incluso a la hora del té, que está a punto de sonar.

En previsión de este momento fatal, la bella Diana se retira «para prepararse», y Derek se queda solo.

Aquí es donde empiezan los problemas. Derek está solo en su habitación, esperando a que vuelva Diana, cuando llega rodando un balón desde el jardín, seguido por un joven exuberante, bronceado y desnudo, que, intuyendo que se trata del novio, le estrecha la mano afectuosamente: es el futuro cuñado. En este momento salta la chispa de la revancha de Broadway. Se alejan los recuerdos de «Hair», el musical tribal-amoroso que tanto éxito ha tenido en todo el mundo, y se convierten en riachuelo inofensivo los ríos de cultura psicodélica que parecían arrastrar en sus peligrosas ondas la revolución sexual de los nuevos tiempos. De golpe, el sexo se desdramatiza, se despolitiza y se banaliza, para resolverse en una alegre carcajada. Se derrumba la hegemonía del ideologismo pansexual, de las comedias desesperadamente «comprometidas» donde todo danza; texto, bacanales, velos, cuerpos humanos siempre sugerían una cosa: el sexo, donde se decía revolución castrista, por ejemplo, aunque refiriéndose, en realidad, a la revolución sexual, donde se despedazaba la forma humana en cien posturas diversas, cada una más agresiva que la otra, frente a espectadores aterrados por el miedo a ser considerados conformistas.

A los buenos burgueses de Broadway, Ken McGuire (que ha adaptado un trabajo original de Tom Cushing, fechado nada menos que en 1928) les proporciona un modo de gustar lo prohibido aunque sin miedo. No puede hablarse tampoco de voyeurismo, dado que el voyeurismo presupone siempre un encuentro sexual. No es que aquí no